«*Quasi liberi; quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitiæ libertatem.*

«Así, pues, el que de veras ama la vida, y quiere vivir dias dichosos, refrene su lengua del mal, y sus labios no se despleguen á favor de la falsedad.

«Desvíese del mal y obre el bien: busque con ardor la paz y vaya en pos de ella.

«Y ¿quién hay que pueda dañaros, si no pensais mas que en obrar el bien?

«Pero si sucede que padeceis algo por amor á la justicia, bienaventurados sois.

«Mantened constante la mútua caridad entre vosotros: comunique cada cual al prójimo la gracia que recibió.»

Estos son los principios de la sociedad constituida por la Santa Silla: ¿me entretendré á manifestar que ellos son la expresion mas alta de la maternidad?

«Vosotros, dice, que antes no érais siquiera pueblo, y ahora sois «el pueblo de Dios.»

Consideremos el significado de esta palabra: *No érais pueblo.*

¡No érais pueblo! ¡Ah! el pueblo no existia, hermanos. ¿Cómo? ¿No existia el pueblo antes del Pontificado? ¿No habia aparecido ya Solon el sábio organizador de la democracia griega, y Ciceron el elocuente cónsul de la democracia romana? El vulgo ¿no habia legislado en Atenas y juzgado en su Areopago? El vulgo ¿no habia legislado en el Senado de Roma y juzgado en su Foro? ¿Cómo dijo, pues, el primer Pontífice: no érais pueblo?

Preguntémonos, señores, qué es pueblo; definamos al pueblo, y podrémos apreciar debidamente la exactitud de la pontificia afirmacion.

El pueblo ¿es solo una muchedumbre? el mar es una muchedumbre de aguas; el aire una muchedumbre de átomos: el aire y el mar ¿son dos pueblos? No lo son, á pesar de ser dos grandes muchedumbres: ¿qué les falta? La vida: y ¿cualquier vida es buena para que una muchedumbre sea pueblo? No. El espíritu, principio vital del pueblo, debe producir dos sentimientos; uno que conserve la autonomía sobre los elementos individuales, otro que conserve la integridad del ser colectivo; el uno produce el respeto mútuo, el otro el mútuo amor; el primero se llama justicia, el segundo unidad; donde no encontreis unidad y justicia, no busqueis pueblo, aunque veais muchedumbre, porque el pueblo es el producto de ambas.

Sentados estos principios, escuchad, señores, á san Agustin: «De las definiciones que de la república da Scipion, dedúcese que «la república romana jamás existió, defínela causa ó asunto, *res* «del pueblo. Lo que si es exacto nos confirma en la idea que acaba«mos de emitir, porque nunca fue atendida la causa del pueblo.

«Se ha definido al pueblo diciendo que es *una muchedumbre con-*

«*gregada por el consentimiento del derecho y la comunidad de intereses* «*ó utilidades*... segun lo que, la justicia es indispensable á la exis«tencia del pueblo, pues no se concibe derecho donde no hay justi«cia. Lo que es de derecho es justo; lo injusto sin derecho se prac«tica. De modo que, es falsa la opinion, aceptada por algunos, de «que lo inícuamente constituido por los hombres es justo; y por lo «tanto, lo es tambien lo que algunos irreflexivos admiten, á saber, «que el derecho está en lo que es útil al mas poderoso.

«Por consiguiente, donde no hay justicia, no puede haber mu«chedumbre, unida por el consentimiento del derecho, y por lo tanto «no puede haber pueblo, segun lo definen Scipion y Ciceron, y si «no pueblo, tampoco causa del pueblo, tan solo causa de una mu«chedumbre indigna de tal nombre [1].»

Pero es necesario que esta justicia, base del pueblo, segun Scipion y san Agustin, no sea estéril, sino que produzca la comunidad de intereses, es decir, el amor general, es decir, la unidad.

Ya que he invocado la autoridad del sábio de Tagaste, en apoyo de esta doctrina, permitidme continúe recordándoos algo de lo mucho que sobre la unidad del pueblo escribió y enseñó.

«Dadme la unidad, predicaba un dia, y existirá el pueblo; supri«mid la unidad, y solo existirá la turba; y ¿qué es la turba? solo la «conturbada muchedumbre; escuchad al Apóstol, y notad que ha«blando á la multitud pedia la unidad: Os suplico, hermanos, decia, «os suplico encarecidamente, por el nombre de Nuestro Señor Je«sucristo, que todos tengais un mismo lenguaje, y que no haya «entre vosotros cismas, *ni partidos*, antes bien vivais perfectamente «unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir [2].» Y en otro lugar: «Haced cumplido mi gozo sintiendo todos una misma cosa, te«niendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sen«timientos [3]...»

La unidad y la justicia, dos elementos sin los cuales el pueblo es imposible, no se conocieron en la antigüedad. Esta palabra de san Pedro: *No érais pueblo*, fue, pues, así el eco de la verdad divina como el de la historia humana.

Pero san Pedro añadió: «Y ahora sois el pueblo de Dios.»

Sois pueblo de Dios, vosotros que no érais sino muchedumbre de hombres: Dios es vuestro espíritu, vuestro legislador, vuestro protector, vuestro padre; sí, Dios es padre y espíritu de vosotros que hasta hoy habeis sido juguete de los tiranos, víctimas de los halagadores. Sois el pueblo de Dios, es decir, el único pueblo que puede existir, porque es inconcebible el pueblo de un rey, ni el pueblo de una aristocracia, ni el pueblo de un congreso; el congreso, la aristocracia, el rey son menos que el pueblo, y lo menos no debe poseer lo mas. Solo Dios, que es mas que el pueblo, puede, es digno de

[1] De Civ. Dei, lib. XIX, cap. 20. — [2] I Cor. I, 10. — [3] Philip. II, 2.

llamarse Señor del pueblo; y solo esta palabra, *el pueblo de Dios*, expresa una existencia popular posible y real, y la única sumision no degradante de la muchedumbre.

Por esto el primer Pontífice, desarrollando las bases de la constitucion popular, manifestó que los cristianos deben estar sumisos á toda humana criatura, constituida en dignidad, pero, atended, no por su fuerza, ni por su nacimiento, ni por su fortuna, sino por *respeto á Dios*.

Siendo pueblo de Dios, la voluntad de Dios es naturalmente la del pueblo; y como existe una ley, expresion solemne de la voluntad de aquel, el cumplimiento de ella es el cumplimiento de las tendencias populares, es la satisfaccion de la justicia, que san Pedro exige, para que la sociedad cristiana tape la boca á los hombres necios.

Y luego proclama el derecho que el pueblo de Dios tiene de vivir de amor y por amor, y á no ser esclavo sino de Dios. Proclama la libertad, despues de haber establecido la ley, que la regula; libertad que jamás producirá el mal y la perturbacion, y en virtud de la que el bien crece y aumenta la comunicacion de gracias; libertad por la que el hombre puede hacer ostentacion de sus derechos á ser tratado como hijo de Dios y hermano del hombre.

La libertad y la autoridad tienen en ellos su expresion, expresion santificada por el precepto de la justicia, del amor al bien y á la paz: autoridad y libertad equilibradas por la fe en Dios.

Y cuidado, que san Pedro no estableció estos principios para que fueran una letra muerta: hé ahí cómo anatematizaba á los embaucadores de los pueblos:

«Son fuentes, decia, pero sin agua: nieblas agitadas por torbellinos, *que se mueven á todas partes*, para las cuales está reservado el «abismo de las tinieblas.

«Porque profiriendo discursos pomposos, llenos de vanidad, atraen «con el celo de apetitos carnales de lujuria á los que poco antes habian huido de *la compañía* de los que profesan el error.

«Prometiéndoles libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la «corrupcion...»

Este es el lenguaje del Pontificado: franco, ingénuo, claro como la misma luz, como la misma verdad; lenguaje cuyo fruto debia ser el establecimiento de la única base en la que pueda apoyarse el verdadero pueblo, base constituida por la justicia, la caridad y la pureza: lenguaje maternal, pues en él vino entrañada la nueva civilizacion.

Pero creo muy importantes estas ideas para decidirme á consagrar á su explanacion algunos momentos mas.

Jesucristo no vino, pues, á destruir la humanidad sino á perfeccionarla: pues bien; ¿qué es la humanidad? ¿qué es el hombre? el hombre en su estado puro ó regenerado es la encarnacion de la ley y de la conciencia: una conciencia emparentada con la carne; una

ley relacionada con la conciencia: por lo que el hombre es vida de conciencia es libertad; por lo que es vida de ley es autoridad: la armonía de la autoridad divina con la libertad humana constituye el hombre justo y feliz. El pecado no fue sino la suspension de esta sábia armonía, que bien puede calificarse de «obra maestra del Cria«dor.»

Meditadlo bien, hermanos, cuanto mas la profundiceis mas exacta se os presentará esta doctrina que vengo insinuando: si negais la libertad destruís al hombre rebajándole á la categoría de ser inerte y materializado; desaparece la conciencia como ley de sus actos, y á la conciencia le sustituye la inercia; si prescindís de la autoridad de la ley en el hombre, entonces el hombre tambien desaparece porque le falta la ley, reguladora de sus movimientos, le falta la brújula de su moral, no conoce el norte de la justicia, naufraga, no porque le falten sino porque le sobran los elementos; naufraga, porque el océano en que se encuentra es demasiado vasto para él; si quitais, pues, la autoridad al hombre, se pierde, porque le falta senda y apoyo; si le quitais la libertad, sucumbe, porque le falta entidad y accion; y si prescindís de la armonía entre la libertad y la autoridad, le destruís tambien al hombre; le destruís, porque provocais el choque de sus elementos constitutivos, levantando así un grande embarazo á la consecucion de su destino. El destino, la dignidad y la necesidad del hombre reclaman, pues, hermanos, que se salve en el hombre la libertad, sin la que no hay conciencia; la autoridad, sin la que no hay luz y poder; la armonía, sin la que no hay destino.

Tal es la constitucion del hombre; si generalizais esta constitucion, habréis obtenido conocimiento de lo que es la constitucion social. La sociedad tiene una conciencia que forma su espíritu; tiene una ley que forma su poder: el poder de la ley social se llama autoridad; la vida del espíritu social se llama libertad: si quitais la libertad social, inutilizais la conciencia del pueblo; si quitais la autoridad social, debilitais su organizacion: una sociedad sin autoridad es un gigante débil; una sociedad sin libertad es un sepulcro gigantesco: no busqueis una sociedad sin libertad, porque en las matemáticas de la filosofía, ella no pasa de ser «un cero:» no busqueis una sociedad sin autoridad, porque en las mismas ella es una cantidad indefinida: todas las reglas de multiplicacion no os serán bastantes para haceros encontrar esta cantidad sin ley; falta en ella la unidad; falta, pues, el tipo.

Jesucristo encontró el mundo sin autoridad y sin libertad; el pueblo habia perdido la conciencia: no es extraño, la ley habia desaparecido de la tierra: la sociedad primitiva, basada en la armonía de la conciencia y de la ley, habia puesto en lucha ambos elementos: perdió su paz, perdió su paraíso, y Dios la condenó á sudar para comer, y á derramar sangre para vivir.

Por el largo período de cuatro mil años la sociedad humana, en general, se vió privada de recibir la justicia en su espíritu: insubordinada contra la ley de la autoridad divina que habia fijado su destino y su gloria, ella sufrió su condena penosa, corriendo en pos de la sombra de una felicidad tan halagüeña como fugaz.

¡Triste cuadro, hermanos! muy triste cuadro el que ofrece una situacion en que la familia suda para descansar, trabaja para no fatigarse; y en que la sociedad se ve en el caso de acudir á la guerra para conseguir la paz; de derramar la sangre para obtener la vida. Pues bien: *sangre, sudor:* no mas que *sangre y sudor* es lo que producia la humanidad en los antiguos tiempos; sangre y sudor, he ahí el único fruto posible de la discordia de los elementos constitutivos de la civilizacion humana: sangre y sudor.

Cuando cesa la armonía de la autoridad y de la libertad entre la conciencia y la ley: la ley, al verse desdeñada por la naturaleza, se convierte en fuerza; y la conciencia al verse tiranizada por la ley se constituye en poder, para rechazar fuerza con fuerza, poder con poder: interrumpidas las buenas relaciones de respeto entre la ley y la conciencia, la sociedad desaparece, y solo aparecen en su lugar dos grandes muchedumbres de seres que se desgarran unos á otros con frenesí, con furor: muchedumbre de seres que no son hombres porque no tienen conciencia, porque no tienen ley; que no son brutos porque no se destruyen con las garras, ni con las quijadas, sino con máquinas inventadas por su génio destructor; que no son brutos ni hombres, que son seres misteriosos en sus obras, seres misteriosos en sus palabras: no trateis de ladearos hácia una de las dos muchedumbres, ambas están descaminadas: ambas han perdido el equilibrio de sus dos elementos: la una pide licencia creyendo pedir libertad; la otra pide injusticia creyendo pedir autoridad.

La guerra interminable, hé ahí el fruto de toda sociedad que no se base en el equilibrio.

Pero ¿cuál es la autoridad y cuál la libertad señaladas como los dos verdaderos elementos de la armonía social? Esta es, hermanos, la gran cuestion; cuestion que para resolverla se necesitó la sabiduría de todo un Dios.

La autoridad no puede radicar en el hombre, porque el hombre es hermano, y el hermano es igual, y el igual tiene derecho á mi amor, como yo lo tengo de discutir la conveniencia de sus pretensiones. La autoridad que radica en el hombre es el *absolutismo despótico.* La historia está abierta para deciros claramente los efectos que este exceso de autoridad ha producido; yo no los recuerdo aquí; bastaráme solo consignar que el hombre que se ha creido omnipotente respecto al hombre no ha sabido abstenerse de declararse omnipotente respecto al mismo Dios. Por regla general los césares que han dicho al pueblo: «calla,» han dicho tambien «calla» á la Iglesia.

El hombre no tiene título alguno para apropiarse la autoridad: si

cree en Dios, ha de reconocerse hijo: el hijo no manda: si no cree en Dios, pero cree en la existencia de los hombres, entonces se reconoce hermano; y el hermano tampoco manda: pues ¿dónde estará el espíritu de autoridad? Establezcamos datos fijos: los datos son: el hombre es hijo de Dios y hermano del hombre: la autoridad ha de ser, pues, un producto de la armonía de la fraternidad y de la Divinidad. El voto de los hermanos conforme á la voluntad del padre: hé ahí la autoridad. *Sed unos como yo y el Padre unos somos.* En esta breve frase la Sabiduría eterna compendió la solucion de todas las cuestiones de economía social. Desde el momento en que la autoridad prescinde de la Divinidad y no se apoya en la fraternidad, aparecen las discordias, y á pesar de la sangre y del sudor que JESUCRISTO derramó, derrámase otra vez mas sudor y mas sangre.

¿Qué diré de la libertad?

No hay palabra de la que se haya hablado mas y de la que se haya acertado menos que esta: libertad. Los unos la han tomado por bandera de dilapidacion y de desórden, y la han aclamado: los otros han emitido la asercion que los malos dan á aquella palabra, y la han combatido con todas sus fuerzas, y sin embargo la libertad es uno de los elementos predilectos del Cristianismo. El Evangelio la llama hija del espíritu de Dios: ningun sacrificio del hombre le gusta á Dios si no le es ofrecido por la mano de la libertad. «Sois libres,» dijo á nuestros primeros padres: no comais... «Sois libres... á ver si «comeréis...» El Redentor empezó la mision civilizadora descendiendo á las entrañas de una Vírgen que se las abrió con libertad; y en la víspera de su pasion declaró que voluntariamente aceptaba el sacrificio de su vida para la salud del género humano.

¡Ah! el Cristianismo es la filosofía del corazon, y el poder del corazon no es la fuerza: el Cristianismo ilustra al hombre, ilustra al pueblo, y luego le dice: La vida y la muerte, el fuego y la gloria están ante tí: decídete.

¡Decídete! palabra terrible y honorífica á la vez; ¡decídete! en tus manos está la omnipotencia correspondiente á tu dignidad: decídete, yo no te fuerzo: esto es el bien, esto es el mal; decídete.

Si suprimiéramos esta libertad en la historia del Cristianismo, la universalidad de nuestras doctrinas dejaria de ser una prueba convincente de su divinidad: ¿qué cosa particular ofrece el que se sostenga lo que la fuerza sostiene? Pero, este voto libre de los pueblos en favor de la doctrina severa de JESUCRISTO, ¿no da á su universalidad un carácter misterioso, excepcional? En efecto.

Pero si el Cristianismo deja en libertad al hombre de abrazarle ó de rechazarle, tambien quiere que el poder humano respete en sus hijos la predileccion que merece de éllos: el Cristianismo condujo á los primeros confesores ante los césares á pedir *libertad* de adorar á JESUCRISTO, y como los césares se la negaran, los confesores se tomaron la libertad de morir por JESUCRISTO. Diez y nue-

ve siglos hace que la Iglesia defiende la autoridad y pide libertad: pide libertad para la doctrina del bien, libertad para la propaganda del bien, libertad para alcanzar el triunfo del bien.

Ved, pues, como la Iglesia engendra con sus principios armónicos la dignidad del pueblo, y con ella su propia y real existencia.

V.

Aunque no tan extensamente como era de desear, acabo de manifestaros la existencia de dos maternidades: la pontificia, la revolucionaria. Esta crea para destruir; aquella crea para multiplicar y salvar. Yo encuentro personificadas estas dos madres, la madre Iglesia y la madre revolucion, en las siguientes figuras que se nos presentan en el libro III de los Reyes.

Llegadas ante el rey Salomon, dijo una de ellas: «Dígnate escu-«charme, ó señor mio; yo y esta mujer vivíamos en una misma ca-«sa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba.

«Tres dias despues de mi parto, parió tambien ella: nos hallába-«mos las dos juntas, y no habia en la casa nadie sino nosotras dos.

«Mas el hijo de esta mujer murió una noche, porque estando ella «durmiendo le sofocó.

«Y levantándose en silencio á una hora intempestiva de la noche, «cogió á mi niño del lado de esta sierva tuya, que estaba dormida, y «se le puso en su seno, y á su hijo muerto le puso en el mio.

«Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar á mi hi-«jo, le hallé muerto, pero mirándole con mayor atencion así que fue «dia claro, reconocí no ser el mio, que yo habia parido.

«Á esto respondió la otra mujer: Es falso, tu hijo es el que murió, «y el que vive es el mio. La otra por el contrario decia: Mientes, pues «mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto; y de esta manera alterca-«ban en presencia del Rey.

«Dijo entonces el Rey: La una dice: Mi hijo está vivo y el tuyo es «muerto: la otra responde: No, que tu hijo es el muerto y el vivo es «el mio.

«Ahora bien, dijo el Rey, traedme una espada. Y así que se la hu-«bieron traido:

«Partid, dijo, por medio al niño vivo, y dad la mitad á la una y la «otra mitad á la otra.

«Mas entonces la mujer que era madre del hijo vivo clamó al Rey «porque se le conmovieron las entrañas por amor á su hijo: Sí, dale, «te ruego, ó señor, á ella vivo el niño, y no le mates. Al contrario, «decia la otra: ni sea mio ni tuyo, sino divídase.

«Entonces el Rey pronunció esta *sentencia:* Dad á la primera el «niño vivo, y ya no hay que matarle, pues ella es su madre.»

La casa en que habitan las dos madres es el mundo, en el que Eva parió la sociedad primitiva, y en el que María, despues de tres dias, del dia diluviano, del dia patriarcal, del dia mosáico, parió tambien

su hijo, la sociedad cristiana. El calor de su caridad ahogó la sociedad hija de Eva. Los representantes de Eva, esto es, de la insubordinacion y del orgullo, han querido apropiarse el hermoso fruto de María, y han dicho: en la noche de los tiempos oscuros que hemos atravesado se empezó á atribuir á la sociedad un orígen que no es el suyo; la sociedad viva es la sociedad paradisíaca, no es hija de María, no es hija de la Iglesia, es hija de Eva y del paganismo. «Es una nueva evolucion del paganismo,» ha dicho Proudhon [1].

Mas al llegar á ser claro dia, es decir, cuando las sombras de la ignorancia antigua se han disipado, hemos reconocido la verdadera procedencia de la vigorosa sociedad; la sociedad muerta es la apostólica; protestamos, pues, contra las pretensiones de maternidad social que la Iglesia abriga y manifiesta.

El genio enemigo del Catolicismo ha emitido esta protesta ante el tribunal de la opinion, de la ciencia, de la historia, de la Religion misma.

Y ¡cosa particular! de la misma manera que Salomon descubrió cuál de aquellas dos mujeres era la verdadera madre del hijo salvado, el criterio sano reconoce si es la Iglesia católica ó la revolucion protestante la madre de la salvada sociedad.

El protestantismo dice: Que la sociedad se divida en sus opiniones, en sus doctrinas, en sus escuelas, en su culto, en su moral, que sea parte católica, parte atea, parte racionalista, parte panteista: *Nec mihi, nec tibi sit, sed dividatur* [2].

Mas el Catolicismo se opone á esta division y exclama: Que no se divida, para que no muera esta sociedad; consérvese su unidad, principio de su vida. Si se le divide perderá su cabeza, perderá su corazon, perderá sus sentidos, perderá sus facultades, derramará su sangre, morirá; que se conserve viva mi hija.

Al oir este lenguaje la sabiduría crítica representada por Salomon, repite su palabra: Está visto, la madre de la sociedad no puede ser la que dice: Divídase y muera, sino la que dice: Consérvese y viva.

Y este es el lugar oportuno de contestar, teniendo presentes estos principios, á la siguiente acusacion lanzada contra el Pontificado católico por el P. Passaglia.

«San Cipriano, dice, en su carta LXIX definiendo la Iglesia una, «y declarando la unidad de la misma enseña, que la Iglesia es *la ple-«be unida al sacerdote, la grey adherida al pastor.*

«Así, pues, como no hay Iglesia si falta *sacerdote y pastor*, como «no hay cuerpo si falta la cabeza; tampoco hay Iglesia si falta la «plebe unida, la grey adherida, como no hay cuerpo si faltan los «miembros.

[1] De la justice dans la révolution.

[2] III Reg. III, 26.

«Ahora bien, ¿cuál es en muchas partes de Italia el aspecto, la fi-«sonomía, la forma de la congregacion cristiana? ¿Preséntanse las «muchedumbres en espectáculo de union con los sacerdotes? ¿Pre-«séntanse los rebaños adheridos á sus pastores? Pero ¿cómo puede «realizarse esto separándose cada dia mas los sacerdotes de la plebe? «¿Quién puede realizar esto, apartándose cada dia mas los pastores «de sus rebaños?

«Apenas ó sin apenas las congregaciones de cristianos ofrecen en «Italia el espectáculo de las muchedumbres unidas á los sacerdotes; «apenas ó sin apenas se presentan los rebaños á sus pastores adhe-«ridos.

«¿Qué pensarémos, pues, de las iglesias de Italia? que ya no son «otra cosa que sombras, que supremas delineaciones, con el riesgo, «que Dios misericordioso desvanezca, de que desaparezcan gradual-«mente, á no ser que los prelados y pastores entren muy luego en la «senda de la paz y de la concordia [1].»

Sin embargo, puede quedar tranquilo el P. Passaglia; si la Iglesia ha de desvanecerse por falta de miembros, léjos, muy léjos está su desaparicion. La misma Italia lo está confirmando. Ha habido tristes apostasías, ha habido lamentables escisiones; pero la muchedumbre, podemos decir, la mayoría no se ha desprendido del pecho maternal de la Iglesia católica. No, no puede recordarse ningun Papa que haya recibido pruebas mas numerosas y mas ingeniosas de cariño que las que Pio IX está recibiendo de sus hijos, particularmente de los hijos de la Italia. Es verdad, el Gobierno habla mal del Papa, el Gobierno destierra los obispos, pero con los obispos se van al destierro millares de millares de corazones fieles. Y esto que se ve, esto que no puede negarse, se haria mucho mas visible, mucho mas evidente, si el Gobierno de Italia suspendiera por algunos dias la persecucion. Dad libertad, no mas que libertad, dádsela por algunos dias, no mas que por algunos dias, á la Iglesia de Dios en Italia,

[1] Cyprianus docet epistola sexagesima nona, ubi ecclesiam unam definiens, eiusque unitatem declarans ait, ecclesiam esse *plebem sacerdoti coadunatam, et pastori suo gregem adhærentem.*

Sicut ergo non est ecclesia, si desit *sacerdos* et *pastor*, quemadmodum non est corpus, si desit caput; ita pariter non est ecclesia, si desit *plebs coadunata et grex adhærens*, quemadmodum non est corpus, si membra desint.

Jamvero quænam est in plurimis Italiæ regionibus facies cœtuum christianorum, quinam vultus, quænam forma? Exhibent ne spectandasque præbent *coadunatas sacerdotibus plebes?* Exhibent ne spectandosque præbent *greges suis pastoribus adhærentes?* Sed qui fieri istud potest, si sacerdotes à plebibus longius in dies dividuntur? Qui fieri istud potest, si pastores à suis gregibus longius in dies recedunt?

Vix ergo aut ne vix quidem christiani in Italia cœtus ob oculos ponunt referuntque *plebes sacerdotibus coadunatas*, et vix aut ne vix quidem ob oculos ponunt referuntque *greges suis pastoribus adhærentes.*

Quidnam igitur de Italiæ ecclesiis arbitrabimur? Scilicet arbitrabimur illarum non esse reliquas nisi umbras, supremaque lineamenta, quæ etiam periculum est, quod Deus benignus avertat, ne gradatim dilabantur, nisi præsules pastoresque pacis concordiæque viam quamprimum iniverint.

y veréis como explota la fe del pueblo, y veréis cuán espantoso es para vosotros el número de los italianos que *creen, obedecen* y *aman* á la Iglesia romana representada por el Papa su cabeza visible.

No, el Pontificado y el Episcopado católico no dividen; no han dicho jamás: *Nec mihi, nec tibi sit;* quieren la integridad de la verdad, la integridad de la justicia, la integridad de la sociedad; el que no quiere esta triple integridad no está en la Iglesia, y por lo tanto no deben estar con él el Episcopado y el Pontificado.

En cierta manera, hermanos, he cumplido lo que me habia propuesto: os he indicado lo que la Santa Silla dió á luz, y la calidad de leche con que nutrió su propia criatura; os he presentado el Pontificado como á madre.

Pero una madre tiene dos importantes oficios: dar á luz y educar. Yo acabo de señalaros la criatura y la leche del Pontificado; os he enseñado, pues, la primera faz de su maternidad; me resta enseñaros la segunda. La madre además de dar á luz, educa y protege; enseña y ama. La enseñanza y el amor son cualidades de la maternidad.

Ellas me ofrecerán materia abundante y provechosa para las dos ó tres siguientes conferencias.

«Hijos buenos, terminaré diciéndoos hoy con san Agustin, amad «á tan buena madre; no abandoneis á la que cada dia os llama, re-«compensad sus trabajos: corresponded á su amor. Tanta es su dig-«nidad, tal su índole. Es noble, es fecunda en régia prole. No tole-«reis, pues, que padezca ni á causa de los malos hijos, ni á causa de «los pésimos siervos. Defended á vuestra madre, haced brillar desde «suprema altura su inmensa dignidad. No insulte el mal siervo á su «Señor, no se atreva á insultar á la Iglesia el arriano—y con este nom-«bre todo adversario suyo.—Lobo es, reconocedlo; serpiente es, aplas-«tad su cabeza. Halaga, pero engaña; promete, pero no cumple. «Venid, dice, os defenderé; ¿estais necesitados? os alimentaré; ¿os «hallais desnudos? os vestiré; os daré dinero, os constituiré renta. «¡Oh necio siervo! á la señora pisoteas, á la verdadera madre com-«bates, á Cristo insultas, y lo mas detestable de tus artimañas es que «para perder á unos empleas el poder, empleas el dinero para ma-«tar á otros.

«Pero vosotros, carísimos, que alimentados en un principio por los «pechos de la santa madre Iglesia habeis sido preparados por ella «misma para recibir los mas sólidos alimentos, permanecedle fieles. «Si hay quien recibió con aspereza alguno de sus reglamentos, al-«guno de sus avisos, y se apartó, reconozca á la madre, vuelva á «ella pronto, y ella recibe á todo el que llama, y se alegra viendo otra «vez á su sombra al hijo perdido; pero por mas que la conversion del «hijo perdido le agrade, no cesa de predicar la dignidad de la firmeza «de aquellos hijos suyos que le permanecen fieles [1].»

Sed de este número. Amen.

[1] S. Augus. de symbolo, serm. ad catechumenos.